



## II Caripelas

Ese mediodía Bianca se sentó a la mesa con su peor cara. Esperaba que sus padres se imaginaran la razón de su mal humor, pero nadie dijo nada. Y eso la ponía aún peor. No podía creer que dieran por hecho que ella había obedecido. ¿Tan desalmada la creían? ¿Pensaban que ella podía echar un perrito a la calle así como así? En vez de decir la verdad, tendría que haberse encerrado en su cuarto con el perro. “O Domingo se queda, o me voy con él”, decirles desde atrás de la puerta. Porque ella también vivía en esa casa ¡y tenía el derecho! Al final, nunca decía nada: si le regalaban un regalo feo, hacía como que le gustaba; si le daban ropa de Paula, la usaba; de la escuela siempre traía excelentes; ¿y todo para qué?, ¿eh?, ¿para qué? ¡Si apenas quería un perro, no la dejaban! Y menos mal que su papá se la pasaba diciendo que si uno veía algo

que estaba mal, no había que pasar de largo ni hacer la vista gorda; había que tratar de cambiarlo, ¿no, papá? ¿Y acaso está bien que un perrito esté abandonado?, ¿eh?, ¿está bien eso? No, ¿no es cierto? ¡Y ella solo quería cambiarlo! ¡Solo eso quería!

Bianca mascullaba sus pensamientos mientras sacaba de la mesa, y en una de las idas y venidas...

—¡Nena! ¡Mirá lo que hiciste! —Al salir de la cocina chocó con Paula que venía cargada de vasos. Y con ese desparramo de vidrios se esfumó la mínima chance que había de que alguien prestara atención a lo que a ella le pasaba.

El almuerzo en casa de Nino transcurrió sin vasos rotos.

—¿Ves? Por eso no me gusta que ande en bici. ¿Mirá si se lastimaba los ojos? —se quejó su mamá mientras comían.

—Querida... ya te explicó el médico que los lentes de ahora no se astillan a no ser que los pise un camión.

—Bueno, entonces mañana lo llevás vos a que se los arreglen.

—Será un placer... —Su papá le guiñó el ojo, pero Nino no le sonrió.

Cuando terminaron de comer, se quedó cruzado de brazos mirando fijo a la mesa. Sabía que su papá se iba a poner feliz si se enteraba de lo de las rueditas, pero no quería contárselo. Ni a él ni a nadie. Es que él mismo

quería sentirse feliz y no lo estaba. En verdad, ni siquiera les había preguntado si podía tener un perro. Pero por alguna razón presentía la respuesta.

—¡Qué caripela que tenemos, eh...! ¿Te pasó algo, Nino? —le preguntó el papá en voz baja cuando su mamá y su hermano se levantaron de la mesa.

—Si dejo las rueditas, ¿me dejás tener un perro?

—Y ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Vos respondeme y después te digo.

—Vos dejá las rueditas y después te digo yo entonces.

—Ya las dejé. Y fue gracias a un perro. Se llama Dalí y es muchísimo más chico que la guitarra de Gonzalo.

—Bueno, ahora no sé qué tiene que ver la guitarra con el perro y con tu cara de traste, pero vos ya sabés que si querés ir a aprender un instrumento, no hay problema, cuando quieras, hijo. ¿Pero un perro...? Tu madre y yo trabajamos todo el día, no podemos cuidarlo. Y ni siquiera tenemos un patio. Vos ahora estás de vacaciones y la idea del perro te encanta, pero vas a ver que...

—No es una idea lo que me encanta, ¡es un perro!

—¿De qué cuchichean ustedes dos? —preguntó la mamá asomada desde la cocina.

—Nino dejó las rueditas y quiere adoptar un perro...

—Imposible, es alérgico.

—¡No soy alérgico! —gritó él y se levantó de la mesa bufando.

Rómulo entró a su casa y se miró las manos. Estaban realmente sucias, lo sabía. Pero no se las pensaba lavar. Ese mediodía, así, con esas manos iba a quedarse.

—¿Dónde andabas cuando te llamé?

—Me había ido a comprar ese pan maldito.

—¡Bueno, eh!, tranquilo con las palabras... ¿Y entonces cómo sabés que te llamé si te habías ido?

—¿Ya está la comida? —preguntó justo el novio de su mamá apenas se sentó a la mesa (ufff, casi-casi, bendito seas, Juan...), y antes de que ella le respondiera, él apretó el control remoto y el tema del pan quedó tapado por las voces de la televisión.

Seguramente si le pidiera permiso a Juan para tener un perro, él le diría que sí. Juan lo dejaba hacer cualquier cosa. “Claro, porque no es tu hijo”, se quejaba después su mamá. Y Rómulo no entendía si entonces a su hermana que sí iba a ser su hija, Juan no la iba a dejar hacer nada. Igual, Rómulo sabía que a la larga era peor: cuando aprovechaba y le pedía permiso a Juan para hacer algo que su mamá seguro no hubiera permitido, después, el enojo de ella era todavía peor.

El almuerzo avanzó junto con el programa de televisión. Cuando venía una parte que los atrapaba, la cuchara con guiso salía más lento del plato y hasta chorreaba al llegar torcida a la boca.

Cuando el programa terminó, Rómulo le pidió a Juan que pusiera el de los perros.

—¿Cuál? ¿El canal de documentales?

—No, ese de perros perdidos que la gente encuentra.

—¿Qué piensan hacer a la tarde? —preguntó la madre.

—Dormir la siesta —respondió Juan.

—Buscar a un perro —respondió él, y ni Juan ni su mamá dijeron nada. Quizá pensaron que era un chiste por el programa que ahora daban en la tele. O quizá, simplemente, no dijeron nada.

Cuando Bianca se cruzó enfrente para tocar timbre en lo de Nino, Rómulo ya estaba trepado al árbol.

Nino bajó corriendo a abrir, pensando que era su abuelo que los domingos a veces caía de sorpresa.

—Ah, hola; creía que era mi abuelo...

—Qué, ¿sino no me abrías?

—Sí, bueno, es que antes...

—Sí, ya sé, antes nos peleamos pero ya se me pasó.

—A mí también.

—Bueno, entonces ¿quieres que salgamos a buscar al perro?

—¡Dale! Esperá que aviso en mi casa —Nino soltó la puerta y subió, pero más que avisar, lo que quería era buscar sus anteojos de repuesto: sin ellos no podría diferenciar un perro de un gato.

Rómulo escuchó la conversación y bajó rápido del árbol.

—Yo hoy perdí a mi perro —Bianca no lo había visto